Las Mocitas del Barrio



SAINETE ORIGINAL DE ANTONIO CASERO Y ALEJANDRO LARRUBIERA § MÚSICA DEL MAESTRO CHUECA. § § § § § §

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES § NÚÑEZ DE BALBOA 12 § MADRID § 1913

LAS MOCITAS DEL BARRIO

LAS MOCITAS DEL BARRIO

SAINETE

original de

ANTONIO CASERO y ALEJANDRO LARRUBIERA

música del maestro

FEDERICO CHUECA

Estrenado en el TEATRO LARA de Madrid, la noche del 29 de Marzo de 1913, y representado en *La fiesta del Sainete*, organizada por la «Asociación de la Prensa», en el TEATRO DE APOLO de Madrid, el 5 de Abril del mismo año

MADRID
E. VELASCO, IMPRESOR, MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°
Teléfono número 551

1913



Federico Chueca

LA ÚLTIMA OBRA DE CHUECA [1]

En noche para nosotros de imborrable recuerdo acudimos á casa del popular maestro Chueca, que nos había citado para que le leyésemos nuestro sainete de costumbres madrileñas *Las mocitas del barrio.*

Un tanto emocionados, hicimos nuestra aparición en aquella alegre casa, en donde el maestro y su amable esposa nos aguardaban, rodeados de los amigos y vecinos de su intimidad que á diario constituían su tertulia; entre los concurrentes vimos á Fernández Pita, el inseparable de D. Federico, al saladísimo Juan Pérez Zúñiga y al simpático redactor de *El Liberal,* Eduardo Rosón.

—

El sainete fué leído.

Chueca, estrechándonos efusivamente las manos, nos dijo:

—¡Me gustan mucho estas *Mocitas!* ¡Serían las primeras mocitas que no me gustasen!

Estas palabras, ¡qué regocijo tan grande nos produjeron! Iba á realizarse la gran ilusión, mucho tiempo acariciada, de poder asociar el nombre glorioso de Chueca á los nuestros humildes.

—

Con gran entusiasmo y cariño escribió el maestro la partitura de *Las mocitas del barrio.* Para nos-

---

(1) Este artículo fué publicado en *Heraldo de Madrid,* el 28 de Marzo de 1913.

otros perdurarán, como momentos de inefable deleite é intensa emoción, aquellos en que por vez primera oímos tocar á Chueca los números que compuso para nuestro sainete.

La mano nerviosa de D. Federico recorría el teclado, del que brotaban, como raudal de alegría, las inspiradas notas del Offenbach español—como hubo de llamarle el insigne Cávia. ¡Había que ver y oir al maestro en estas audiciones! Era el pueblo el que cantaba, alegre y zumbón, gracioso y desenfadado, la frase pícara del Madrid castizo.

....

Cuando nos disponíamos á gestionar el estreno de la obra, desbarató tal propósito la inesperada muerte del maestro. ¡Nuestras *Mocitas del barrio* se quedaron desamparadas!...

—

Muerto Chueca, fué ya para nosotros empeño decidido el de dar á conocer el sainete. Queríamos con esto testimoniar nuestra admiración y gratitud hacia quien fué, más que un excelso colaborador, un cariñosísimo amigo. Imponíasenos como deber ineludible que no fueran perdidas para el Arte las últimas notas musicales de su inspiración, siempre juvenil, dar á conocer al público la labor póstuma de uno de los compositores más genuinamente españoles.

Al ir á realizar tal intento tropezamos con un inconveniente inesperado é invencible. La inconsolable viuda de D. Federico, que rinde culto ejemplar á la memoria de su esposo, buscó afanosa, entre los papeles de música, los apuntes de *Las mocitas del barrio*. Los apuntes no parecían. Tal contrariedad llevó á nuestro espíritu un doloroso desaliento, al considerar ya en el eterno olvido el sainete, que no estrenaríamos puesto que le faltaban las galas con que espléndidamente le adornó el gran músico.

Felizmente, la viuda no cesó en sus investigaciones. Los apuntes, que suponíamos para siempre perdidos, parecieron.

Y estos apuntes, y la labor meritísima que en ordenarlos ha realizado el aplaudido compositor y discípulo predilecto de Chueca Sr. Fúster, han permitido que se cumplan nuestros deseos de que el público, que tanto quiso y admiró al autor de *La canción de la Lola*, *Caramelo*, *La gran vía* y otras múltiples joyas de la lírica nacional, conozca ahora su última partitura.

Los artistas de Lara, queriendo testimoniar su cariño y admiración á Chueca—y aun cuando no suelen verse en tales trances líricos—, se han prestado gustosos á interpretar las páginas musicales del sainete.

--

Mocitas del barrio, mocitas alegres y postineras del Madrid de las manolas y de los majos, llegó el momento de que vuestros labios de claveles modulen el canto que para vosotras hubo de escribir quien halló fuente inagotable de inspiración en el alma de su pueblo. Que éste, al oiros, sienta el entusiasmo que siempre le produjo la música del más alegre y popular de los compositores españoles, y serán colmadas nuestras esperanzas.

Antonio Casero.

Alejandro Larrubiera.

A CHUECA

Antonio.

Alejandro.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MILAGROS	Mercedes Pardo.
SEÑÁ POTAMIA	Leocadia Alba.
SEÑÁ RITA	Virginia Alverá.
PEPILLA	María Luisa Moneró.
SOLE	Carmen Seco.
LA VERDULERA / PATRO	Carmen Escudero.
LA PILI	Mercedes Latorre.
CÁNDIDA	Carmen Herrero.
JUSTA	Eugenia Illescas.
SEÑOR JUAN	Salvador Mora.
SEÑOR RUFO	José Isbert.
LUIS	Luis Manrique.
DON CLEÓBULO	Antonio Pérez Indarte.
EUFRASIO	Ramiro Carrere.
EUGENIO	Jesús Tordesillas.

La escena en Madrid.—Época actual

Derecha é izquierda, las del actor



Ciarán foto. LA DECORACIÓN (Amorós y Blancas pint.) Fotog.ª Rivero.

LAS MOCITAS DEL BARRIO

Una azotea en los barrios bajos madrileños, limitada en todo su frente por un antepecho de mampostería. Se supone que se abre el espacio de una calle desde aquél a la pintoresca superposición de tejados, torres y chimeneas que se alza en el lado derecho; en esta superposición de tejados, y como si formara parte de las casas fronteras a la de la azotea, se abren tres ventanas practicables de otras tantas guardillas, situadas en un plano distinto: en el cerco de una de las ventanas, la jaula de un jilguero; en el alféizar de las otras, tiestos de flores. En el lado izquierdo, un alegre panorama de la Ribera del Manzanares, con sus lavaderos, tendederos de ropa y merenderos, viéndose en la lejanía el puente de los Franceses; limita el cuadro la sierra de Guadarrama. Todo iluminado por el sol de una tarde primaveral. En la azotea, y de bulto, se alzan dos viviendas, una en la lateral derecha y otra en la izquierda: ambas con la puerta de entrada practicable; en la de la derecha, una ventana con tiestos de flores; en la de la izquierda otra, con solo la jaula de un canario; el primer término de la lateral izquierda, se supone que es el descansillo de la escalera, por donde entrarán y saldrán todos los personajes.

Ropa blanca, un tanto estropeada y remendada puesta a secar en la azotea, lado derecho; de guardilla a guardilla, cordel con ropa, también colgada; desde una de estas guardillas a la azotea una cuerda que corre por medio de garruchas. Cerca de la puerta de la lateral derecha, mesilla de zapatero remendón y una silla baja; al pie de la mesilla un montón de botas y zapatos viejos; próximo al antepecho de la azotea, sobre un cajón, lebrillo con agua y tabla de lavar y un barreño con ropa.

ESCENA PRIMERA

SEÑÁ POTAMIA, SEÑOR RUFO, CÁNDIDA, PATRO y JUSTA

Señá Potamia lavando. Señor Rufo sentado en la silla baja, cerca de la mesilla, trabajando en el arreglo de unas botas. Señá Patro, asomada a una de las guardillas cepillando una chaqueta. Cándida, en la suya, poniéndole lechuga al jilguero. Justa regando los tiestos de su ventana.

Música

No se encuentra un novio con candil,
y vamos a tener que profesar,
pues se hacen los *gacholis* los *gilís*,
y se hacen los *pagüés*, ¡maldita sea!
Están los hombres
pa muy poquitas bromas;
ya no se encuentra uno
que nos hable de boda.
¡Todito es coba!
Hoy las mocitas
están de enhoramala,
porque están los mocitos
que nadie los atrapa
pa la casaca.

Termina el número. Las vecinas de las guardillas van haciendo mutis, quedando en la del centro Cándida.

Cándida. Muchacha joven. ¡Señor Rufo!

Señor Rufo. ¿Qué pasa?

Cándida. ¿Tié usté ya mis zapatos?

Señor Rufo. ¿Cuáles son?

Cándida. Unos de *tafi.*

Señor Rufo. Revolviendo en el montón de botas y zapatos que tiene al pie de la mesilla. Cogiendo un par de zapatos, rotos por todas partes, y mostrándoselos a Cándida. ¿Son estos?

Cándida. Sí, señor.

Señor Rufo. Pero, ¿qué arreglito quieres que se haga aquí?

Cándida. ¡Ay, qué gracioso! Pero ¿entavía están así? ¿Pero no sabe usté que hace una semana que voy con las botas de mi padre al obrador?

Señá Potamia. Con sorna. Oye, no te caerás...

Cándida. Como que el otro día me dijo un pollo que si me había prestao los pies el sereno...

Señor Rufo. Examinando los zapatos. Chica, me estoy fijando, y el arreglarte este caprichito es más difícil que el túnel del Canfranc.

Cándida. Bueno, bueno: ¡a ver si me los tié usté pa luego que voy de madrina!

Señor Rufo. ¿Sí?... Pues ponte las de orillo, porque con esto, vas a dejar en redículo a la creatura. Ahora, si es que tú te has creío que yo soy un San Agapito, que de dos zorros que me das quiés que te mande dos botas pa que presumas de estrella de *varietés*, avisa.

Señá Potamia. A Rufo. Vamos, anda ya y menos conversación, que la chica está esperando.

Cándida. ¡Que me los arregle usté! Se entra.

Señá Potamia. Cesando de lavar. ¿Le devolviste las botas a ese tío d'ahí enfrente? Señalando a la lateral izquierda.

Señor Rufo. ¡Claro! De esos ya ni un cabello.

Señá Potamia. ¡Natural! Porque lo que ha hecho la niña esa de escaparse con su novio, después de tanto postín de honradez, es pa un almanaque de la risa. Mirando a la lateral izquierda. ¡Nos ha dejao en redículo hasta a los amigos! ¡Y que no ha presumío poco esa madre con su hija!... Golpea reciamente la prenda que está lavando contra la tabla. ¡Toma, toma ciruelas!... Por eso no quiero que haiga alternativas, porque tóo se pega en el mundo, y eso, ¡más!... que tenemos una hija, y cuanto menos vea menos desea; y, una misma, que no está una libre de una mala tentación.

Señor Rufo. Tú estás asegurá de incendios.

Señá Potamia. Con gran ironía. Y llaman al dotor, porque está malita del disgusto su mamá... ¡ay, su mamá!

Señor Rufo. No, pues no me digas, porque no es ni su sombra desde que la ocurrió ese percance; esa mujer ha perdío mucho de su carácter, porque era de las que daban los bueños días con *mauser*.

Señá Potamia. Siempre con ironía. Y la Milagros y su marío los están endulzando la vida...

Señor Rufo. Tal para cual.

Señá Potamia. Como ella también hizo esa hazaña, y se escapó con el suyo...

Señor Rufo. Y esa d'ahí, Señala a las guardillas. que presumía también.

Señá Potamia. Y la chica del prendero d'al lao, sin ir más lejos.

Señor Rufo. Bueno; y si nos remontamos a la edaz antigua, también nosotros dimos el espetáculo.

Señá Potamia. Sí; pero nos casemos luego.

Señor Rufo. Y estos también s'han casao.

Señá Potamia. No, pero no es lo mismo... Y con estos, ¡ni el aliento!, ya lo sabes, ¡ni el aliento!

Señor Rufo. Güeno, pero es que yo le debo a él diez pesetas...

Señá Potamia. ¡Pues ni el aliento! Se pone a colgar ropa en la cuerda de la azotea.

Señor Rufo. Reanudando el trabajo y después de examinar por todas partes los zapatos de Cándida. ¡Aquí quisiá yo ver a Marconi!...

Señá Potamia. Cogiendo del barreño unos calzoncillos llenos de remiendos y de desgarrones. Contemplándolos. ¡Pues, hijo, sí que tiés unos calzoncillos pa que te invite una *divete* a cenar en el *Hotel Palace!*... ¡Ni que te desnudaras a hachazos!... Tendiéndolos en la cuerda. Asomándose al antepecho de la azotea, y como si hablara a alguien de la calle. ¿Eh?... ¡No le entiendo a usté palabra!... Pausa. Sé que es usté del Monicipio porque güele usté a morcilla que apesta... Pausa. ¡Pues como no me preste usté las narices pa tender la ropa, no sé donde!... Pausa. *¡Ne compre pan, musiú!* Pausa. ¡Por mí, como si quié usté subir en globo!... Pausa. Aparte. ¡Anda, mi madre, y sube!...



Ciarán foto. Fotog.ª Calvache.

SEÑÁ POTAMIA (Srta. Alba.) Sí; pero nos casemos luego.

Señor Rufo. Pero, ¿qué pasa?

Señá Potamia. Robespierre, que nos viene a prender...

Señor Rufo. Sorprendido. Pero, ¿cómo a prender?...

Señá Potamia. Al guardia, que le ha molestao que cuelgue la ropa ahí, ¡tú verás! Vuelve a ponerse a lavar.

Señor Rufo. ¡Y tié razón! Como que la otra tarde pudo haber un crimen en la taberna de la esquina.

Señá Potamia. Con espanto cómico. ¡Ay, no me emociones!...

Señor Rufo. Pues na, que va el carpintero d'ahí, señala lateral derecha. y me dice:—«Oye, ¡miá que te hará de reir tu mujer con esos pantalones de franela amarilla que gasta pa el ruma.» Lo cual que yo me quedé algo moscovita y le dije, digo:—«Oye, oye, ¿quién t'ha enseñao a ti esa película?...» Y me repuso:—«En la cuerda de la azotea, que los veo colgaos siempre.»

Señá Potamia. ¡Mi madre!... Por eso, cuando paso por la taberna de la esquina, dicen: Imita el piar de un canario. «¡Ahí va un canario!...»

Señor Rufo. ¡No, y, verdaderamente, estás pa mandarte a defender una barricá! Gracias al aprecio que uno te tié, que, por asuntos más *baladís*, hay sucidios...

ESCENA II

SEÑÁ POTAMIA, SEÑOR RUFO, EUFRASIO, guardia municipal, Cuando lo marque el diálogo. JUSTA, CÁNDIDA, PATRO y EUGENIO

Eufrasio. Es un hombre pausado y de pocas palabras. Sale primer termino lateral izquierda, avanzando hacia el sitio que ocupan los zapateros. Parándose. ¡Ya estamos aquí!

Señá Potamia. Que es zumbona de suyo y jamás en la vida ha tomado en serio a los guardias. Pero, hombre, ¿pa qué s'ha molestao usté?... ¡Usté siempre tan atento con nosotros, señor Potenciano!...

Eufrasio. Rectificando y recalcando. *¡Uufrasio!...*

Señor Rufo. En el mismo tono. ¡Uf, qué miedo!

Señá Potamia. Siempre en guasa. A Rufo. ¡Sácale una silla y un mondadientes al señor *Uufrasio!* Se entra Rufo en casa. Pero ¡caray! yo creí que lo que decía usté era una chunga!... Contemplándole. ¡Lo que se debe reir su mujer de usté en casa con usté!...

Eufrasio. Impávido. Observo que tenemos muy poca vergüenza. Le decía a usté, dende abajo, que estaba usté hollando las ordenanzas municipales. ¿Oye usté?...

Señá Potamia. Oyo.

Señor Rufo. Sale con una silla baja cojitranca y con el asiento casi deshecho. Al guardia. Tome usté asiento.

Señá Potamia. Pué usté sentarse con confianza: es la que tenemos pa el casero y la fiadora.

Eufrasio. L'azvierto a usté que, después de ciento quince escalones, no le aguanto una chufla ni a mi tía Celedonia. Mostrando un papelito que trae en la mano. Y esto son cuatro reales.

Señor Rufo. Con guasa. Señor de guardia, ¡por Dios! no se ponga usté metalúrgico. Recoje el papelito.

Señá Potamia. Que ha permanecido un rato con los ojos fijos en los pies de Eufrasio, que son dos lanchas. ¡Compadre, qué pies! Miá que si eso del conflito europeo se arreglara a patás, se iba usté a quedar de amo.

Eufrasio. Sacando un cuaderno de notas y disponiéndose a apuntar con un lápiz. ¿Su gracia de usté?...

Señá Potamia. Pero, ¿es que me va uste a dejar por heredera?

Eufrasio. Es que vamos a ir al Juzgao municipal, porque somos algo *extúpidos.*

Señor Rufo. ¡Lo que le habrá costao a usté aprender esa palabrita!

Señá Potamia. ¡Hombre! ¿Tié usté mucha prisa?...

Eufrasio. ¿Qué nos ocurre?

Señá Potamia. Na, que voy a llamar a una vecina, que está la pobre mu triste, pa que se ría un rato.

Eufrasio. Eso ya nos lo dirá el juez.

Señá Potamia. Llamando. ¡Señá Justa!...

Justa. Asomándose a la guardilla. ¿Qué hay?

Señá Potamia. ¿Están los niños?

Justa. Están en el colegio.

Señá Potamia. ¡Qué lástima! Pa que salieran a ver aquí al amigo, que está que tumba de risa.

Señá Justa se ríe.

Eufrasio. Escribiendo. «Y ofensas.»

Cándida. Asomándose. Pero, ¿qué pasa?

Señor Rufo. Aquí, el señor, que se ha caído de un monoplano.

Cándida se ríe. Justa se entra.

Eufrasio. Ni pío. Escribiendo. «Y la de la guardilla.» Ya nos lo dirán de misas.

Patro. Asomándose también a la guardilla. Oiga usté, amigo, pero ¿es que viene usté ya a recoger los padrones? Porque se m'ha escapao el cabeza de familia con la trapera.

Eufrasio. Eso, al Juez.

Patro. Muy zumbona, tararea con música de «El gorro frigio»:

«Señó Juez, no me trate tan duro
que yo le aseguro
que no he jecho ná.»

Se entra.

Eufrasio. Escribiendo. «Y la de la guardilla de al lao.» Transición. ¡Qué hermoso clima!... Y tendremos niños, y no los educaremos... El garbanzo embrutece. Y en este momento, dentro de la guardilla de Justa, suenan voces y gritos y un garrotazo; se oye el bufido de un gato, salta éste por la ventana, sale detrás una escoba, y, airada, asómase Justa, y, detrás, su marido, señor Eugenio, en camiseta de las típicas a rayas; al ruido, todos se quedan aterrados, y el guardia hace un mutis rápido por la lateral izquierda. Patro vuelve a asomarse.

Justa. Rabiosa. ¡Ladrón!

Señá Potamia. Pero ¿qué pasa?
Señor Rufo. ¿Qué ocurre?
Cándida. ¿Qué ha sido?
Patro. ¿Qué es?
} Todos a un tiempo.

Justa. ¡Así te sirva de veneno! ¡Ladrón!

Eugenio. A Justa, con voz bronca, queriéndola apartar de la ventana. Vamos, anda, mujer, entra...

Justa. A voces. ¡El gato de la del tres que le ha dejao a mi marío a dieta! Rufo se sienta a trabajar.

Eugenio. ¡Que ya está güeno, mujer!... A Justa, y queriéndola entrar.

Justa. ¡Y no era más que cordero en salsa! ¡Una tontería!...

Patro. ¡Cuidao, no fueran espinacas!

Justa. Encarándose con Patro. ¡Ah! Pero, ¿estaba usté ahí?...

Patro. Sí, señora; pa decirle a usté que sea este el último día que pega usté a mi gato.

Justa. ¡Pues téngale usté mejor educao!

Patro. ¡Ay, hija, le traeré un precetor!

Justa. Lo que hace falta que le traiga usté es cordilla... ¡Soooo!...

Patro. ¡Soooo! ¿qué?...

Señor Rufo. ¡Haiga paz!

Todas las de las guardillas hablan y discuten a un tiempo, armando un guirigay espantoso. Eugenio se entra. Seña Potamia mete en su cuarto la silla ofrecida al guardia.

Seña Potamia. Como si llamara a un gato. Psss, psss... ¡guardia!... ¡Psss... psss!... ¡guardia! ¡guardia!

Señor Rufo. No le busques, mujer; ¿bronca y encontrarse un guardia?... Eso es más difícil que arreglar los zapatos de la vecina.

ESCENA III

SEÑÁ POTAMIA, SEÑOR RUFO, CÁNDIDA, JUSTA, PATRO, MILAGROS

Milagros. Sale deprisa de la vivienda de la lateral izquierda. Dominando todas las voces y encarándose con las vecinas. Pero, ¿qué escándalo es este? ¡Vaya un barquito más aprovechao que iba yo a mandar a las Chafarinas!...

Señá Potamia. Imponiendo silencio a las de las guardillas. A media voz, con ironía, a las vecinas que han callado, llenas de curiosidad. ¡Psssssss!... ¡Que hay enfermo!...

Milagros. Indignada. Lo que paece mentira es que vivamos a dos metros de San Pedro, y que no haya ni tanto así de vergüenza! Agresiva. ¡Tengo las primeras fatigas de poner en el Rastro un almacén de moños y añadíos!

Patro. Con zumba. ¡¡Peluquero!!

Milagros. Encarándose con Patro. ¡Decía usté!...

Patro. Yo me acuesto temprano. Se entra y cierra las vidrieras de la ventana.

Milagros. Porque el día que a mí me dé la gana de echar la lengua a paseo y hable de algunas, se va a poner de moda el divorcio. A Justa. ¿Me explico?

Justa. El martes te escribiré. Se entra y cierra las vidrieras de la ventana. Ya no hay nadie en las guardillas.

Milagros. A Rufo. Y usté, so lila, ¿qué hace usté que no le echa tacones en las narices a su esposa?

Señá Potamia. Oye, tú, pero, ¿quién eres tú?

Milagros. A Potamia. ¡Vergüenza le pudiera a usté dar lo que está usté haciendo! ¿Se mete esa pobre gente con usté?... Y esa amistá que había, ¿dónde está?...

Señor Rufo. Aquí, nosotros...

Señá Potamia. Tapándole la boca. ¡Tú, a callar!

Milagros. Pues una hija tién ustés, y una desgracia le pasa a cualquiera.

Señá Potamia. Pero mi hija no hará nunca lo que ha hecho ese crisol de ahí enfrente. Señalando la lateral izquierda.

Milagros. ¡Cuidao con los rateros!

Señor Rufo. Furioso, levantándose. ¡Eso es cuenta nuestra!... Potamia le tapa la boca, imponiéndole silencio.

Milagros. Hombre, me tié usté que dar una fotografía pa asustar a un sobrino mío que es mu revoltoso.

Señá Potamia. A Rufo, empujándole. ¡Alza tú pa drento! ¡Con esta gente, ni la mirá!... Dirigiendo una mirada despectiva a Milagros. ¡Puach!

Milagros. ¡Gentuza!

Señá Potamia. ¿Eh?

Milagros. ¡Gentuza! Y se lo regalaré a usté bordao en un pañuelo. Potamia da un empujón a Rufo y los dos se entran en su casa. ¡Sinvergüenzas! ¡Malas personas!...

ESCENA IV

MILAGROS, LUIS. A poco SEÑOR JUAN y DON CLEÓBULO

Luis. Sale de la vivienda lateral izquierda. Pero ¿qué pasa? ¡que se oye tóo!

Milagros. Ná, esa gentuza que too son punzás!... Y la que más y la que menos: Con intención. «Cuando Garibaldi toca la trompeta.» Transición. Bueno, pero, en total, ¿qué dice el médico?... ¡Josús, qué médico! ¡Paece de historieta! Porque lleva media hora y no ha hablao más que de Frascuelo.

Luis. Yo no sé, chica: porque le llevo daos doce pitillos y me ha dejao el encendedor sin bencina.

Milagros. Estos médicos de botica y enterramiento, ¡pa el gato!

Luis. Mirando a la puerta. Psss, calla, que salen. Sale Don Cleóbulo, y en el umbral se queda señor Juan.

Don Cleóbulo. Es un desdichadísimo médico de una sociedad benéfica. Habla enfáticamente, y antes de decir algo que se relacione con su profesión parece rebuscar los conceptos que expone con ridícula solemnidad. Como si se dirigiera a la enferma. ¡Animos! ¡Muchos ánimos, y no apoltronarse! A Juan. Y conste que entonces había afición y se mataban toros. Transición. Dos cucharaditas cada tres horas de eso que he puesto, ¿eeeh?... Transición. Con entusiasmo. ¡Y esa *Lidia* que tiene usted ahí, colgada, es un documento histórico, mi amigo!...

Señor Juan. Bueno; que usté siga bien, dotor. Se entra, no sin haber hecho señas a los jóvenes de que pregunten al médico.

Milagros. }
Luis. } Aun tiempo y con ansiedad. ¿Y qué tal?

Don Cleóbulo. Dirige miradas misteriosas en torno suyo: los jóvenes se muestran llenos de inquietud. Solemne. Yo no la encuentro nada... Transición. Lo que yo no sabía es que ese hombre fuera un frascuelista acérrimo como yo... Transición. Por lo demás, nada. Estamos en un período álgido, por mejor decir, crítico... ¿eeeh?... Si bien no está mala, muy mala, no digamos que tampoco está muy buena... ¿Son ustedes sus hijos?

Milagros. No, señor, pero, pa el caso, es lo mismo.

Luis. El señor Juan ha sido mi maestro: me ha enseñao a embadurnar puertas, a beber vino y a jugar al mus.

Milagros. Vamos, que le ha hecho un hombrecito... Ahora, el pobre, no tié currelo; ella, no baja al río, y, nosotros, es claro, con dos patatas más en la cazuela, ¡arreglaos! Yo, a mi costura; este, a sus brochas; la Virgen de la Paloma, a darnos salú, y nosotros, así de *chuflés*, Acción de ponerse huecos. porque hacemos lo que hacemos. ¡Esta es la vida!

Don Cleóbulo. Pues aquí puede ocurrir, no digamos que ocurra, pero puede ocurrir, que se nos venga encima una cardiaca, atacada de un pertinaz enfisema, debido a un aneurisma que se inicie, como ustedes saben muy bien, en el apéndice xifoides, ¡eso es, en el xifoides!...

Luis. A Milagros. Ya lo oyes: ¡el xifoides!

Milagros. Bueno, dotor; déjese usté de enfisemas, carracas y sifones. Aquí lo que pasa es que esta familia tié mucha vergüenza y una hija que les ha dejao pidiendo brisca... y de ahí mana to.

Luis. ¡Si no lo dices revientas!

Milagros. ¡Natural!

Don Cleóbulo. Pensativo. Esto cambia de aspecto...

Milagros. Mirando en derredor, bajando la voz y con misterio. La Sole, la hija de esta pobre gente, iba a ganarse el pan, como ca quisque, de costurera... Y una mañana

salió pa el obrador y eran las tantas y no había vuelto. Excuso decirle a usté que estaba esto de llorar que parecía el lago Ladoga.

Luis. Lo mismo que Milagros. Na, que el dependiente mayor de la tienda la puso el retal a siete la vara y que vive con él, y que la señá Rita no levanta cabeza, y que el maestro no es el maestro.

Milagros. Vamos, que lo han tomao en serio, porque eso le pasa á cualquiera.

Don Cleóbulo. Bien, bien, ya me he percatado de todo... Estas afecciones morales, originan trastornos fisiológicos... Buenos calditos de gallina, ¿eh? Si tiene apetito puede tomar su merlucita, su trocito de jamón, o su poquito de pechuga.. Jerez añejo a todo pasto, eso si; y su paseíto en coche todas las tardes no la sentaría mal, ¡qué carape! Y allá para el invierno ya procuraremos mandarla a Alicante o a Málaga.

Milagros. Baje usté el pistón que se dispara el fusil.

Luis. Sí, que no está usté visitando en el palacio de Firlipón, si no en el palomar de la señá Rita.

Don Cleóbulo. Sentencioso. A grandes males... etcétera. Ya lo dijo Hipócrates: *Ad extremos morbos, extrema remedia.*

Milagros. Remedándole. Sí, pero ya sabe usté lo que dijo el otro: què donde no hay meneo, Acción de dinero. no hay jaripeo.

Don Cleóbulo. Mañana volveré a echar otra parladilla de toros con el amigo. Transición. Reposo, ambiente y alegría .. Nada, no es nada... Medio mutis. ¡Ah! Vayan ustedes a la botica de Cantalejo, que es allá en el Pacífico, y hacen muy bien las recetas... (¡Pobre Cantalejo, cumple!)

Luis.
Milagros. } ¡Vaya usté con Dios, dotor!

Vase don Cleóbulo lateral izquierda primer término.



Ciarán foto. Fotog.ª Calvache.

LUIS (Sr. Manrique.) Pero, ¿es de veritas eso?...

ESCENA V

MILAGROS, LUIS, después SEÑOR JUAN y SEÑÁ RITA

Milagros. ¿Qué te ha parecido don Carrasclás?

Luis. Pues pa mí que ese no le pone una cataplasma a un galápago.

Milagros. Bueno, yo, pase lo que pase y suceda lo que suceda, hago lo que te dije ayer.

Luis. ¡Que no consigues na! Que no la perdona; el señor Juan tié la cabeza mu dura.

Milagros. Como que se rasca y echa chispas.

Luis. Oye, he estao por preguntar al dotor eso tuyo que me dijiste ayer...

Milagros. Ruborosa. ¡Vamos, cállate, tonto!

Luis. Con ternura e interés. Pero, ¿es de veritas eso?

Milagros. Ruborosa. ¡Que te calles, que me da rabia!

Luis. Con entusiasmo. Oye, si es chico, Luis...

Milagros. Lo mismo. Y si es chica, Milagros...

Luis. Zalamero. ¡Ay, mamá!

Milagros. Lo mismo. ¡Ay, papá!

Dentro del cuarto de los viejos ruido de voces como si sostuviesen un altercado. Salen SEÑOR JUAN y SEÑÁ RITA.

Señor Juan. ¡A cualquiera que se lo preguntes!

Señá Rita. Enérgica. ¡Vaya, te digo que no tomo potingues ni amarrá!

Milagros. Pero, ¿qué pasa?

Luis. Hay que ponerse de acuerdo, ¿qué ocurre?

Señor Juan. Que dice esta que la estamos tomando por la protagonista de un drama y se empeña en que no está mala, ni le duele na, ni hace falta el médico.

Milagros ¡Y tié razón!

Señá Rita. ¡Es claro! Pues mira el demonio del hombre que se viene aquí de visita y se pone a discutir con este Por Juan. de que había que ver a *Lagartijo* con las banderillas y al *Negro* con la espá. Transición. Lo que me pasa a mí y lo que tengo yo eso no me lo quita

a mí ningún médico. A Juan. Y lo que te pasa a ti, que cuando sueñas, lloras y te quejas, eso no te lo quitas tú aunque quieras disimularlo con el vino y con la alegría que finges. Suspira. Al que le duele, le duele, y esa es la copla.

Luis. Oiga usté, señá Rita, ya sé yo que usté no está mala; pero yo me determiné a llamar al médico —y usté perdone—porque la veo a usté hace tiempo que no es usté. De que he hecho bien, vamos, eso es pa mí que estoy en ello; si he hecho mal, perdón por la colaúra.

Señá Rita. No, no, no lo tomes así, que sus lo agradezco.

Señor Juan. ¡Pero, si esto es un círculo vicioso! A Rita. Pero, ¿cómo no quiés que estemos tóos preocupaos contigo, si hasta se te ha quitao el humor de pegarme, que paece que uno se había acostumbrao ya a ello?...

Milagros. Aquí, lo que ocurre, es que nos estamos tóos matando, y que esto se va a acabar mu prontito, porque me da a mí la gana, ¡ea!... El médico ha dicho alegría, pues, ¡venga alegría!, que de eso tengo yo un rato... ¡Y esa es una medecina mú barata pa los pobres! Dirigiéndose hacia el lado de las guardillas y llamando. ¡Señá Patro!... ¡Señá Patro!...

Señá Rita. Pero, ¿qué vas a hacer, chica?...

Milagros. Cantarle a usté dos coplas pa que cambie usté de gesto. Vuelve a llamar. ¡Señá Patro!...

Señá Rita. ¡Esta chica es el diablo!...

Señor Juan. A Luis. ¡Chico, lo que tiés en casa!

Luis. ¡Y lo que no se ve!

Patro. Asomándose a la guardilla. ¿Qué hay?

Milagros. ¿Está su hombre?

Patro. Furiosa. ¡Ahí está durmiendo, que, maldita sea la primer taberna que se inventó!

Milagros. Na, que hiciera el favor de dejarme la guitarra, si es que no va a salir hoy a pedir.

Patro. ¿A pedir? ¡A pedir estrinina, ¡maldita sea!, que hasta el perro vino anoche con la *baba!* Se entra.

Milagros. A señá Rita. ¿Lo ve usté? En toas las casas hay lo suyo.

Patro. Vuelve a asomarse, y saca una guitarra vieja, rota y con parches,que es una lástima. Atándola a la cuerda que va desde la ventana de la guardilla a la azotea. ¡Ahí va! ¡Y ten cuidao que no se estropee!

Milagros. Recogiendo la guitarra y contemplándola. ¡Mi madre, qué estrumento! Paece que l'ha atropellao el tranvía.

Señor Juan. Si algún día la rifas, no cuentes conmigo.

Milagros. ¡Gracias, señá Patro!...

Patro. ¡De na!... Se entra cerrando las vidrieras de la ventana.

Milagros. A señá Rita. Ahora una copla, y luego, dos más.

Luis. Y mucha alegría, que a las penas hay que darles lo suyo.

Señor Juan. ¡Y a vivir!

Milagros. ¿Qué el mundo dice?... ¡Qué diga! ¿Qué murmuran?... ¡Qué murmuren! Al que le hace a uno mal, se le paga con el bien, que no seríamos buenos, si no supiéramos perdonar a los malos... ¡y vaya la copla! Puesto el pie en uno de los travesaños de la silla que ha sacado Luis, templa la guitarra.

Luis. ¡Venga, chiquilla!

Señor Juan. ¡Dios te dé lo que mereces!...

Música

Milagros. Para alivio de las penas,
no hay mejor que una guitarra;
ella dice en sus rasgueos
todo lo que siente el alma.
Las notas alegres
que da la guitarra,
son trinos de amores
de gente chavala,
de mozos y mozas

que ríen y cantan
quereles y celos,
amor y esperanza.
Morenito el que yo quiero,
ne sé pa qué me consientes,
me dices que me camelas:
no me digas que me quieres,
pa que luego no me quieras.

Todos la jalean a la terminación del número de música.

Señà Rita. ¡Muy bien! ¡Qué buena eres!

Señor Juan. ¡Que no se te acabe, morena!...

Luis. Esta, Por Milagros. la única copla que canta mal cantá, es la que me entona por las mañanas pa dir a la obra.

ESCENA VI

SEÑÁ RITA, SEÑOR JUAN, MILAGROS, LUIS y PEPILLA

Pepilla. Tipo de modistilla. pizpereta. Sale lateral izquierda, primer término. ¡Buenas tardes!

Señor Juan. ¡Adiós, pitusa!...

Pepilla. ¡Hola, señá Rita! La besa. Felices, señor Juan. A Milagros. ¡Hola, tú! A Luis. ¡Buenas tardes, tú!

Milagros. No te entretengas, no vaya a salir tu madre y te dé pa roscas. Señá Rita se sienta apesadumbrada.

Pepilla. ¡Le va a hacer pupa á mi madre!

Milagros. Al ver que señá Rita se limpia los ojos con un pañuelo. Rodeándole el cuello con el brazo. Vamos, usté también, ¡caray! ¡Paece usté una niña!...

Señá Rita. ¡Es que como eran tan amigas!...

Pepilla. Con mucha alegría. ¡He visto a la Sole!...

Al oir esto, Luis y Milagros se quedan azorados; señá Rita, emocionada, y señor Juan, finge no haberlo oído.

Luis. / **Milagros.** A Pepilla, señalando a señor Juan, e imponiéndola silencio. ¡Psss!

Señá Rita. Con ansiedad. ¿Qué te ha dicho de nosotros?

Luis. } El mismo juego de antes. ¡Psss!
Milagros. }

Pepilla. ¿En qué quedamos? ¿Lo digo o no lo digo?

Señor Juan. Procurando disimular su emoción. Con acritud. ¡No nos hace falta saber na!...

Pepilla. Muy ingenua. ¡Anda, Dios!... ¡Pobrecilla! ¡Pues poco contenta que se ha puesto cuando me ha visto!... Continúa sin hacer caso de las señas de silencio que le hacen Milagros y Luis. «Oye—me dijo:—¿Y mi madre? ¿Y mi padre? ¿Y la Milagrillos? ¿Y Luis? ¿Y tóos?» ¡Y se le saltaron las lágrimas a la pobre! Y me dió un beso pa usté, Le da el beso a señá Rita. y otro pa usté. Besa a señor Juan. Sacando un terrón de azúcar del bolsillo que lleva a la mano. Y este terrón de azúcar, pa el canario.

Una pausa muy corta. A todos ha enternecido el relato de Pepilla. Milagros se refriega los ojos. Señá Rita también tiene lágrimas en los suyos. Luis y señor Juan, procuran disimular su emoción.

Milagros. Para salvar lo difícil de la situación. ¡Hoy sí que vienes pronto del obrador!

Pepilla. Es que me ha mandao a un recao la maestra, y he venío a comerme un cuscurro y un tomate.

Milagros. Pero, ¿has hecho ya el recao?

Pepilla. ¡Dios l'ampare!

Luis. ¡Ya sé que también gastas novio!

Pepilla. ¡Ni que lo hubiera publicao el *Heraldo!*

Milagros. ¡Y que es mu guapo!

Pepilla. Con entusiasmo. ¡Ay, sí, guapismo! ¡Y con unos bigotes así! Marcándolos. Con énfasis. ¡Y estudiante además!...

Luis. Pues en cuanto lo sepa tu padre, le va a tomar medida de unas botas.

Pepilla. Mi padre no pespuntea tan fino. Además, ya lo saben. Pero, en cuanto les hablo de casarme, me bufan. Mira a su cuarto recelosa. Es lo que yo digo: se han acostumbrao al alioli de mi jornal, ¡y vénganos el tu reino!... Mi padre, con el conque de dar dos martillazos y remendar un par de botas, ¡ureka!... Y mi madre, con darle friciones de Opodeldoc a mi padre, lavar tres pingos y dar cuatro voces, ¡despachaos! Y en cambio, la

pobre Pepilla, que es la que se pasa la existencia *currelandíbilis*, ¡miá qué «atrezo!» Una falda vieja de una parroquiana, Señalándola. y una chambra Señalándola. de un retal. Rien todos. A Rita. ¡Ole, así me gusta, que se ría!

Milagros. ¡Ay, qué padres! ¡Y entavía presumen!

Pepilla. Resuelta. Y hoy les digo que me caso, ¡miá tú!, porque el chico está desesperao, y es pa estarlo, porque hay que ver lo que son estas noches de frío p'andar por ahí de lanilla.

Señá Rita. Formalidá, hija, mucha formalidá.

Señor Juan. Que vosotras las jóvenes de hoy día sois mu locas.

Luis. Y que hay cá pájaro por ahí, que ni con liga.

Milagros. Y que pa querer a un hombre, hay que tener las de un gato, conocerle, estudiarle, consultarlo con San Pedro, y después tóo eso pasarlo por un colador, y tomarlo con cuenta gotas.

Señá Rita. ¡Miá tú lo que son las cositas! A mí, este pez, Por el señor Juan. con una palabra sola que me dijo, al salir de Capellanes, m'entonteció. Al señor Juan. ¿T'acuerdas?...

Señor Juan. ¡Ya lo creo que m'acuerdo! Abrazando a la señá Rita.

Luis. Yo la conocí a esta, Por Milagros. en la calle de Toledo: ni la he visto más tonta ni más presumía. Me acerqué a ella, y voy, y la dije, digo...

Milagros. ¡Vaya, cállate, no me saques los colores!

Pepilla. Dí que sí, Luisillo. ¡Cuéntalo! ¡Anda!

Milagros. Ná, hija lo de toos...

Música

Milagros. En la calle de Toledo
un lunes te ví;
tú me llamaste «¡So fea!»,
y me sonreí.
Yo iba a entregar una falda
y un cubre corsé



Ciarán foto. Fotog.ª Calvache.

SEÑOR JUAN (Sr. Mora.) ¡Ya lo creo que m'acuerdo!

a casa de la Mochales,
que vive en la calle
de Santo Tomé.
Tú me dijiste: «*¡Chipé!*»,
yo te miré de soslá—;
y en ese mismo momento
los dos nos miramos...,
y no pasó ná.—
Yo proseguí mi camí—,
tú te viniste detrás,
y tanto me *jonjabaste*,
que, al fin, tuvo una
que capitular.

Luis. No te pongas tantos moños
ni tanto crepé,
que si tú a mí me *chalaste,*
yo te disloqué.
Estuvimos sin casarnos
un mes, poco más,
hasta que vino la buena,
y nos maniataron
en San Nicolás.
Cada vez que lo recuer—
los bigotes se me eri—;
las *ducas* que hemos pasao
mirando un puchero
que estaba vací—.
Los mengues se las guillá—,
la mala sombra se fué;
y ahora tenemos de *acatus,*

Acción de comer.

por mor del *conquibus*,

Acción de dinero.

y vamos vivien—.
Después nos fuimos a cenar
a casa del señor Botín.

Milagros. Pedimos cochiní—,
y un cuarto de cabrí—,
y cuatro bartolí - ...

Luis. ¡Quién los cogiera aquí!

Milagros. Una pesé—de calamá—
y aceitunitas sevillá - ,
dos flanes de café,
y queso de *Gruyé.*

Luis. Lo mismo que se sirve
en el *Palace Hotel.*
Acabadito de cenar,
la llevé a esta al *cine* del Teatro Real.
Pregunté a un revendedor:
¿Qué vale entrar?
¿Dos paradís? ¡Diez *pelañís!*
¡Diez bofetás!

Milagros. Y nos fuimos en seguí—,
a un cine que hay muy cerca
de la Fuentecí—.
Y salió una bailarí—,
muy escotá,
ancha de acá,
y gorda de aquí.

Luis. Luego fuimos a tomar
una taza de café.

Milagros. En un *tupi* que hay muy cerca
de la Plaza de la Cebá,
d'a quincito, con muñuelos
y copita de *coñá.*

Luis. Y después te acompañé
y a la puerta de tu ca—
si no llamas al sereno...

Milagros. ¡Cuidadito con hablar,
que hay moritos en la costa
y me voy a avergonzar!

Luis. ¿Te acuerdas, dí?

Milagros. ¡Claro que sí!

Termina el número de música con gran animación.

Pepilla. Muy regocijada. ¿Lo ve usté, señá Rita?... ¡Así da gusto! ¡Y luego se casaron! Y se quieren... ¿Y por qué no me he de casar yo, vamos a ver?...



PEPILLA (Srta. Moneró.) ¡Miá qué «atrezo»!



Ciarán foto. Fotog.ª Calvache.

SEÑÁ POTAMIA ¡Con esta te vas a casar tú!..

Señá Rita. Anda, vete, que va a salir tu madre.

Señor Juan. ¡Y que tu madre muerde!

Pepilla. Resuelta. ¡A mí no se me importa ninguno de los dos! Sale Potamia de su casa enarbolando una escoba; al ver a su hija se detiene y mueve furiosa la cabeza. Y hoy se lo digo: «¡Me caso y me caso!»

ESCENA VII

SEÑÁ RITA, SEÑOR JUAN, LUIS, MILAGROS, PEPILLA, POTAMIA y SEÑOR RUFO

Señá Potamia. Dirigiéndose furiosa a Pepilla con la escoba en alto. ¡Con esta te vas a casar tú! Todos se quedan sorprendidos. Pepilla da un grito y trata de esquivar el escobazo corriendo por la azotea perseguida de señá Potamia.

Milagros. Poniéndose delante de Potamia. ¡Vamos, que no pegue usté a la chica!...

Señá Rita. Pero ¡qué fiera de mujer!

Señor Juan. A Luis. Yo no puedo ver esto.

Luis. A Potamia. ¡Señora, que es su hija!

Señá Potamia. A Pepilla. ¿Conque te casas? ¡Anda pa dentro! Le da un escobazo.

Pepilla. Gimoteando. ¡Que yo no he dicho ná, madre!

Señá Rita. Deteniendo a Juan, Luis y Milagros, que van a defender a Pepilla. ¡Quietos! que es su madre al fin y al cabo. Pepilla ha entrado en su cuarto.

Señá Potamia. Encarándose con todos y accionando con la escoba puesta en alto. ¡Esto, esto es educar! ¡y no lo que hacen ustés!

Luis. Señalando a Potamia que se queda parada con la escoba en alto. ¡Ahí la teneis! ¡la sota de bastos!

Señá Potamia. ¡Pa fallarte a tí el as de espás que tiés por narices! Intenta darle un escobazo.

Milagros. ¿A mi marío usté?

Señá Potamia. A tu marío y a tí, que paece que habeis venío al mundo con orla dorá.

Milagros. ¡Señora, vaya usté a hacer gárgaras con tachuelas!

Señá Rita. A Milagros. Vamos, tú, respeta las canas.

Señá Potamia. A Rita. Señora, canas usté, que es más vieja que el perejil.

Señor Rufo. Sale de su cuarto. Coge a Potamia del brazo. Digno. Vamos, chica, no te rebajes.

Señor Juan. Pero, oye tú, tachuelero de la rial casa, ¿de qué la das?...

Señor Rufo. Calla, calla, que harto teneis con lo que teneis. Intentan todos irse hacia Rufo.

Señá Potamia. Que se fija en la acción. ¡Ay, chico, aparta, que muerden!

Señor Juan. Eres un mamarracho de real orden. Al hombre que le prestan la camiseta y los calzoncillos pa casarse y no lo agradece, ¡miau!

Señor Rufo. Ya sé, hombre, ya sé que eran tuyos los calzoncillos.

Señá Potamia. ¡Por algo te decía yo que te los quitaras, que no eran tuyos!

Señor Juan. Pero, señor, ¡si da grima! ¿Quién te sirvió de hombre bueno cuando tu primera mujer se extravió con aquel furriel de Arapiles?...

Señor Rufo. ¡Psss! ¡cuidao! Paz a los defuntos, que también ha muerto él... Quitándose reverentemente la gorra. ¡Dios l'haiga perdonao!...

Señor Juan. Cuando a tu hermana la sucedió lo que la sucedió, ¿quién la echó una mano?... ¡Juan Rovirosa!... Cuando a esta otra mujer, Por Potamia. que t'han echao de penitencia, la expulsó su padrastro del hogar, ¿quién la echó otra mano?... ¡Juan Rovirosa!

Señá Potamia. Ay, hijo, pues ha sío usté una hermanita de la caridá pa la familia.

Señá Rita. ¡Bueno, Juan, has el favor!

Luis. A Juan. ¡Que no se canse usté, que son de aluminio.

Señá Potamia. A Rufo. Vamos, anda pa dentro, que tóo se pega. Le empuja y entran los dos en su cuarto.

Señá Rita. ¡Pero esa mujer!...

Milagros. Llevándosela hacia la puerta de su cuarto. Vamos, señá Rita, pa dentro.

Señá Rita. ¡Y que me tenga yo que callar!... Las dos mujeres se entran.

Señor Juan. A Luis que le tiene sujeto. ¡Quita, hombre, suelta!

Luis. Vamos, maestro; pues si le da usté una bofetá, se tié usté que lavar la mano con legía... Vamos a ver si ha quedao cerveza en el *chumbica* de enfrente.

Señor Juan. ¡M'has convencío!

Luis. Marchando hacia la lateral izquierda primer término. También es usté grotesco: ¡hacer caso de un tachuelero procedente de un derribo! Vanse los dos.

ESCENA VIII

PEPILLA, POTAMIA y RUFO

Dentro del cuarto de Rufo se oyen voces de Potamia y grita Pepilla. Sale ésta corriendo y detrás Potamia y Rufo

Pepilla. Lloriqueando. ¡Déjeme usté, madre!

Señá Potamia. ¡Y ahora se va usté derechita al obrador!

Señor Rufo. Interponiéndose. ¡No la pegues más! ¡Deja algo pa la noche!

Señá Potamia. Encarándose con Rufo. ¡Vamos! ¿qué te paece? ¡Casarse!...

Señor Rufo. ¡Como que yo he pisao al gato de emocionao que me he puesto!

Señá Potomia. A Pepilla, gritándola. ¡A los veinte años, no se piensa más que en la aguja y en el dedal!

Pepilla. Gimoteando. Sí, pues a los diez y siete años, se marchó usté con padre a pasar un día a Pozuelo, y no volvió usté hasta los veintitrés, según decía la agüela.

Señá Potamia. Indignada. A Rufo. Pero, ¿ves esto?...

Señor Rufo. A Pepilla. ¡Niñita!... ¡Niñita!...

Señá Potamia. ¡Y váyase usté al obrador!... ¡Y derechita!...

Pepilla. Dirigiéndose hacia la lateral izquierda. ¡Maldita sea!... ¡Ni que hubiá nacío una un día de tormenta!... Vase.

Señá Potamia. A Rufo. ¡Ya lo has visto; los microbios de ahí enfrente!... Por Pepilla, muy furiosa asomando al primer término lateral izquierda. ¡Ya te daré yo a ti el casorio! Rufo la obliga a volverse, cogiéndola por las faldas. Muy airada. ¡La culpa de tóo la tiés tú, que eres un padre de estopa! Y dándole empellones se entran los dos en su cuarto. Un momento de pausa. Empieza a anochecer, y desde este punto, hasta el final del sainete, van dominando las sombras de la noche, y encendiéndose a cortos intervalos, las luces de las guardillas y de todo el panorama de la ribera; de forma que, en la escena última, sea noche completa y se encuentre todo encendido.

ESCENA IX

LA PILI, en seguida MILAGROS. Poco después SOLE

Pili, muchacha de unos quince años, hija de la portera de la casa. Sale con mucho misterio por la lateral izquierda, primèr término. Mira en derredor suyo, y, cautelosamente, se acerca a la puerta del cuarto del señor Juan. Desde la puerta hace señas a Milagros, para que salga. Sale Milagros, y la Pili, siempre recelosa, le impone silencio.

Milagros. Un tanto sorprendida, y en voz baja. ¿Qué pasa?

La Pili. Con gran misterio, y en voz tan baja que solo ha de oirse como un siseo, sin que se entienda la frase. ¡Que acaba de llegar la Sole y está abajo en la portería!

Milagros. Que no se entera de lo que la ha dicho la Pili. En voz baja. ¿Qué dices?...

La Pili. Repite en la misma forma ininteligible la frase anterior.

Milagros. Impaciente, y a media voz. ¡Pero, chica, sube la cejilla, que no te entiendo!

La Pili. A media voz, fraseando mucho, y como a quien le

da rabia no le entiendan. ¡Que en la portería está la Sole, y me ha dicho que suba a decírselo a usté, y que no se enteren ni las moscas!... ¡Por eso se lo digo a usté así!

Milagros. Muy sorprendida. A media voz. Pero, ¿la Sole abajo?

La Pili. Siempre a media voz. ¡Y que pase lo que pase que sube!...

Milagros. A media voz. ¡Corre y dila que hay que preparar el tambor, que no está pa redobles!

La Pili. En voz baja y al oído de Milagros. Yo me lavo las manos.

Milagros. Deteniéndola, a media voz y al oído. Y yo también. Vase Pili primer término lateral izquierda. ¡Josús! Persignándose. ¡En cuanto se entere el señor Juan!

La Pili. Sale deprisa por el mismo sitio por donde hizo el mutis anterior. A media voz. ¡Ya sube!... ¡ya sube! Hace mutis corriendo, seguida de Milagros.

Milagros. ¡Pero, qué loca de criatura! Vase.

Sole. Dentro, y en voz baja, pero de forma que llegue al público. ¡Milagrillos!...

Milagros. Lo mismo. ¡Sole!... A poco salen ambas jóvenes, primer término lateral izquierda. Pero, chica, ¿cómo t'has atrevío?...

Sole. Que se encuentra azorada. Con humildad, Pues, atreviéndome...

Milagros. ¡Ole! ¡Viva la Pepa y la merluza a quince!

Sole. Con ansiedad. Bueno, lo primero, ¿qué tié mi madre?...

Milagros. Na, mujer, na, ¿qué quiés que tenga?... Lo que tenemos toos desde que te has ido.

Sole. Es que me ha dicho la Pepilla esta mañana que había venío un médico. Y yo le he dicho a él: «Oye, que mi madre está mala.» Y él me ha dicho: «Anda, y de paso la dices que nos casamos pa el mes que viene.» Y a mí, chica, la verdá, me ha costao mucha vergüenza, pero he venido... Suspirando. ¡Tira mucho la casa de una!... ¡Y, además Vuelve a suspirar. ¡lo que ocurre!...

Milagros. ¡Qué! ¿Te ha salío rana?...

Sole. No, mujer; es mu bueno, pero ya ves, ha tenío disgustos como yo, y pesares como yo. Su tío le ha perdonao y le ha vuelto a admitir en el almacén... ¡Vamos, si me parece mentira!... ¡Tres meses sin ver a mis padres!...

Milagros. Ya, ya, ¡tres meses! Paece que fué hace un rato: yo llegué del obrador; tu madre estaba ahí llorando; tu padre en ese rincón, más acharao que un gato; mi marío buscándote como un loco por un lao, yo, por otro. Dieron las doce en el reló de las monjas, y tú sin parecer... ¡Dios mío qué locura!...

Sole. ¡Qué locura!... Llora.

Milagros. Transición. Bueno, bueno, déjate de lágrimas. Lo que hace falta es ver cómo le tiramos cuatro tientos a tu padre, porque, a tu madre la tiés convencía. Llevándola hasta la puerta del cuarto. Anda, pasa, ahí la ties... y ná de escenas *epigramáticas.*

Sole. ¡Chica, qué vergüenza me da!

Milagros. Sí, eso es lo que ocurre: que la que nos falta antes, nos sobra después. Las dos se dirigen hacia la puerta. Ya en el umbral. ¡Señá Rita!

Señá Rita Dentro. ¿Qué se te ofrece?...

Milagros ¿Que si hay posá pa el pelegrino?...

Señá Rita Dentro. ¡No te entiendo!

Milagros. Que aquí la traigo a usté un calmante pa ese dolor que la está a usté achicharrando el alma. A Sole, empujándola dulcemente. ¡Anda, mujer! Entran las dos. Un momento de pausa.

Señá Rita Dentro. ¡Hija mía! Hay un murmullo. Pausa. Sale Milagros sollozando y refregándose los ojos con el delantal.

Milagros. Emocionada. ¡Yo no sirvo pa ver estas escenas de folletín!

ESCENA X

MILAGROS, LUIS, a poco SEÑOR JUAN

Luis. Sale primer término lateral izquierda. Al fijarse que se enjuga las lágrimas Milagros. Oye, tú, pero, ¿qué te pasa?

Milagros. No me pasa ná...

Luis. Rabioso, mirando a la vivienda de Rufo. ¡A ese zapatero le voy yo a clavar dos tachuelas en los labios pa que no se meta contigo! Dando un paso hacia el cuarto de Rufo.

Milagros. Deteniéndole. Aguarda, hombre, que el zapatero no me ha hecho a mí ná.

Luis. Entonces ha sío la zapatera. ¡Su madre de la zapatera!... Repite el mismo juego de antes.

Milagros. Cogiéndole. ¡Que te haces un lío!

Luis. ¡Suelta!

Milagros. Atiende, hombre, que no es eso. Señalando el cuarto del señor Juan. Es que ya ha venío la pájara...

Luis. Estupefacto. Pero, ¿la Sole?...

Milagros. Sí, ahí está con su madre.

Luis. Pensativo. Pues estoy viendo que venimos en los periódicos, porque el señor Juan se ha quedao comprando tabaco, y sube ahora.

Milagros. ¡Hay que prepararle!...

Luis. ¡Ya está ahí! Señor Juan sale primer término lateral izquierda.

Señor Juan. Muy indignado. Pero, ¡miá que son malas! Luis y Milagros se miran azorados.

Milagros. A Luis. A este se lo ha dicho ya la portera.

Luis. A Juan. ¿Cómo que son malas?...

Señor Juan. ¡Las cajetillas, hombre! ¡Miá tú qué pitillos, que paece que están pasando la convalecencia del dengue!...

Milagros. Azorada, a Luis. Oye, tú, ¿cómo se lo decimos?

Luis. Diciéndoselo... Y ahora mismo... Prepara tila. A Juan. ¡Maestro!

Señor Juan. ¿Qué hay que hacer?

Luis. Ná, Señalándole su cuarto. que ahí tié usté una visita.

Señor Juan. Será el sinvergüenza de mi cuñao, como si lo viese.

Luis. Con intención. Sí, es una persona mu allegada... Pase usté...

Señor Juan. ¡Pues me revientan las visitas! Se entra en su cuarto. Detras de él entran también, azorados y persignándose, Luis y Milagros. Una pausa de un momento. Dentro del cuarto, murmullos, y dominándolos la voz airada del señor Juan. Esto dura unos instantes. Señor Juan sale muy indignado, seguido de Milagros y Luis, que se manifiestan consternados. Se ha hecho completamente de noche. Aparecen iluminados los transparentes que simulan las vidrieras cerradas de las guardillas y de todos los demás sitios de la Ribera del Manzanares.

Señor Juan. Con gran energía. ¡Que he dicho que no!... ¡Vaya!... ¡No perdono aunque me pelen! Y ya podíais vosotros haberme dicho que me teníais prepará esta tacita de caldo.

Luis. En primer lugar no se ponga usté dramático, y baje usté la voz, no salgan las lechuzas; y, en segundo lugar, aquí nadie le ha preparao a usté ná. Esto ha venío porque tenía que venir. Al fin es su hija de usté, y al fin viene a pedir perdón. Con ternura, rodeándole el cuello con el brazo. Y usté, too lo que tié de feo, lo tié usté de güeno... y usté la perdona, porque le conozco, y tié usté mucho d'aquí, Por la cabeza. y mucho d'aquí. Por el corazón.

Milagros. ¡Señor Juan, por Dios, que no se diga! Después de too, se va a casar con él... No se ponga usté tonto que están las cosas mu malas...

Señor Juan. ¡Que he dicho que no!

Milagros. ¡Camará, es usté más rencoroso que ese rey de piedra de la Plaza de Oriente, que se pasa la vida amenazando al de al lao. Actitud de estatua, con el brazo le-



SEÑÁ RITA (Sra. Alverá.) ¡Vaya! ¡Ahora soy la Rita!



Ciarán foto. Fotog.ª Calvache.

LA VERDULERA (Srta. Escudero.) Verdulera de ahí... de la esquina...

vantado en la forma que marca el diálogo.

Señor Juan. Con energía, separándose de los jóvenes. ¡Vaya, que no me convencéis ni con polvorones!...

ESCENA XI

SEÑOR JUAN, MILAGROS, LUIS, SEÑÁ RITA y SOLE

Señá Rita. Aparece en el umbral de la puerta. Sole, detrás de ella. Con ternura. Oye, Juan, un favor te pido... Es nuestra hija... Hemos sufrío mucho por ella... Cuando una oveja se descarría hay que traerla al redil, no se la lleve el lobo... ¡Perdónala, Juan! ¡Perdónala!... ¡Hazlo por mí! Sole, mientras habla su madre, manifestará en su cara y en sus ojos la inmensa emoción y ansiedad que experimenta.

Luis. ¡Maestro!...
Milagros. ¡Señor Juan!... } Al señor Juan suplicantes, empujándole ambos dulcemente hacia donde se encuentran Rita y Sole.

Señor Juan. Lleno de emoción, trata de disimularla refregándose con las manos los ojos. Opone una débil resistencia a acercarse a su hija, pero, se acerca, tartamudeando. Si... si no pué ser... hombre... si... si... si... Junto a la puerta del cuarto, cae en brazos de su hija, que, a su vez, hondamente conmovida, dobla la cabeza sobre el hombro de su padre.

Pausa. Momento de intensa emoción. Señá Rita, se lleva el pañuelo a los ojos, lo mismo que Milagros; Luis, quiere disimular su llanto, y vuelve la cabeza de forma que no le vean las mujeres ni el público.

Señá Rita. Se opera una transformación radical en todo su ser, Se yergue, se animan sus ojos. La mujer bravía, hasta este momento acobardada y triste, recobra su majeza. Su voz es enérgica, su ademán impetuoso. ¡Vaya! ¡Ahora soy la Rita! ¡Ahora es cuando yo puedo mirar a la gente cara a cara!...

Señor Juan. Que ya se siente otro hombre. ¡Y yo levantarle a ese tachuelero en la cabeza un tacón Luis XV ahora mismo! Ademán de dirigirse al cuarto de Rufo.

Luis. Deteniéndole. ¡Eso, déjemelo usté a mí, que estoy en la edá!

ESCENA ÚLTIMA

SEÑOR JUAN, SEÑÁ RITA, MILAGROS, LUIS, SOLE y LA VERDULERA

La Verdulera. Sale muy deprisa y jadeando, primer término lateral izquierda. Avanzando hasta donde se encuentra el grupo de Rita. Con voz sofocada por el cansancio, y la prisa por dar una mala noticia. ¿M'hacen ustés el favor de... de... de... decirme si es aquí donde vive el señor Rufo, el zapatero?... Todos expresan sorpresa y curiosidad.

Señor Juan. Sí, ahí es.... Señala el cuarto de Rufo. ¿Qué pasa?

Señá Rita. ¿Qué ocurre?

La Verdulera. Que yo... que la... que... que soy verdulera... verdulera de ahí... de la esquina... Y que estaba junto a mi puesto una pareja de tórtolos... y él, que dale que toma; y, ella, que toma que daca; y él, dale que le das; y ella, llorando... y que se suben en un coche, y que en un regolver de ojos, voy, hago así, Como si mirase. me fijo... ¡y la chica del señor Rufo! ¡la Pepilla! Todos un murmullo de sorpresa.

Señá Rita. ¡Jesús!

Milagros. ¡La Pepilla!...

Sole. ¡Válgame Dios!

La Verdulera. Echó a andar el coche, doy un salto, tiro las verduras, y empiezo a gritar: «¡Cochero!» «¡Cochero!» El coche dobla la esquina... ¡y aquí estoy! ¿Dicen ustés que es ahí?... Por el cuarto de Rufo.

Señor Juan. Sí, ahí es: nosotros se lo diremos, ¡pobre gente! Pausa. Todos, excepto la Verdulera que se manifiesta azorada, expresan en su actitud la dolorosa impresión que les produce la noticia. Señá Rita se ha abrazado a su hija.

La Verdulera. Sí, porque esto pa una... vamos... dispensar si he faltao...

Señor Juan. No, mujer, no.

La Verdulera. ¡Salú!... Vase primer término lateral izquierda.

Luis. A Milagros. ¡Cómo estais las mocitas del barrio!

Milagros. Hijo, debe ser el agua del Cerrillo.

Señá Rita. ¡Válgame Dios! Pa nosotros es hoy el día más alegre de nuestra vida, y pa esos infelices el más triste...

Milagros. Y ahora era cosa de decirle a ese remendón que donde las dan las toman.

Señor Juan. Imponiendo silencio. ¡Psss!... Y el callar es bueno: Ahora, solo es ocasión de compadecerlos y de consolarlos. A Milagros y con acento de ternura. Tú no sabes aún, Milagrillos, lo que son estas cosas como el que ha pasao por ellas... Estos pobres, se olvidaron de lo que dice la copla:

No se te ocurra en la vida
burlarte del mal ajeno,
ni desprecies al caído,
ni escupas jamás al cielo.

Telón lento.

FIN DEL SAINETE

Poesía de los autores leída en la noche del estreno

Hoy «Las mocitas del barrio»
están vestidas de gala:
vuestros aplausos alegran
a las «mocitas» el alma.
Hoy reviven con sus notas
los chisperos y las majas;
hoy, del Rastro a San Lorenzo
y del Portillo a la Cava,
las chulonas postineras
y los chulos de fanfarria,
entonando van los sones
de la música barbiana
del castizo madrileño,
del que bordó en el pentágrama
los decires populares,
las alegres cuchipandas,
el bullir de romerías
y el repicar de campanas
a verbena, con olores
de claveles y de albahaca.
Hoy, «Las mocitas del barrio»
ríen y lloran y cantan;
ríen, porque el majo ilustre
puso en sus labios de grana
la alegría que a este pueblo

él le dió con sus tonadas;
lloran, porque ya no pueden
ofrecerle vuestras palmas
al castizo madrileño,
al que bordó en el pentágrama
los decires populares
de la música chulapa.
¡Para él todos los aplausos
de esta gloriosa jornada!

A la Prensa madrileña

Nuestra más honda y sincera gratitud por el cariño y benevolencia conque ha juzgado este humilde sainete, y enaltecido la memoria del inolvidable Chueca, que le avaloró esplêndidamente con las galas de su inspiración.

Antonio Casero.

Alejandro Larrubiera.

Obras de Antonio Casero

Madrileñerías.
El 1900.
La lista oficial.
La gente del pueblo.
La gente alegre.
Los botijistas.
El querer de la Pepa.
El sábado de gloria.
La celosa.
El dios Éxito.
La boda.
La procesión del Corpus.
Romeo y Julieta.
La cuarta del primero.
Los charros.
Cosas de chicos.
La primera verbena.
Feúcha.
... y no es noche de dormir.
El iluso Cañizares.
La regadera.
El porvenir del niño.
El merendero de la alegría.
¡El miserable puchero!
El sueño es vida.
Los holgazanes.
Música popular.
El rey de la casa.
La familia de la Sole ó el casado casa quiere.
Las cacatúas.
Las mocitas del barrio.

La gente del bronce (poesías populares). Agotado.
Los gatos (poesías populares). Prólogo de D. Jacinto O. Picón y epílogo de S. y J. Alvarez Quintero.
Los castizos (poesías populares). Prólogo de D. Mariano de Cávia y epílogo de D. Carlos Arniches.
El pueblo de los majos (poesías madrileñas). Prólogo de D. Jacinto Benavente y epílogo de D. Alejandro Larrubiera.

Obras de Alejandro Larrubiera

Uno y repique.
La chalequera.
La gente del pueblo.
La gente alegre.
Los chicos.
Los botijistas.
El querer de la Pepa.
El sábado de gloria.
La celosa.
El dios Éxito.
La procesión del Corpus.
Los charros.
Feúcha.
... y no es noche de dormir.
La regadera.
El merendero de la alegría.
Los holgazanes.
Música popular.
Las mocitas del barrio.

El crimen de un avaro (novela). Edición agotada.
Pintapoco (ídem). Edición agotada.
Mimosa (ídem). Nueva edición.
Camino del pecado (ídem). Segunda edición.
La virgencita (ídem). Edición agotada.
Fuera de combate (ídem).
Márgara (ídem). Nueva edición.
La conquista del jándalo (ídem).
No nos dejes caer en la tentación (ídem).
Historia de un hombre formal (ídem).
Tía Paz (ídem).
El hombre que vivió dos veces (ídem).
Del barrio de la manolería (ídem).
Cuentos. Edición agotada.
Historias madrileñas.
El dulce enemigo (colección de cuentos). Segunda edición.
Historias y cuentos.
Hombres y mujeres (colección de cuentos).

Precio: 1,50 pesetas